

La epopeya de los reprobados

Fabio Morábito

Sólo aparentemente lo que cuenta Julián Meza en *La huella del conejo* es la versión paródica de la historia del descubrimiento y conquista de América. En realidad, Julián Meza aprovecha la saga del descubrimiento para explotar algunos de sus momentos más aptos para ser convertidos en absurdos y risibles, o sea esos momentos que por ser iguales en todas las historias habidas y por haber, nos colocan en una suerte de no historia en la que asistimos a la secuencia de las bajas pasiones, equívocos y zancadillas de siempre. Tal vez Julián Meza, harto de las polémicas profesoras que se han desatado en torno a la cuestión del encuentro entre dos mundos, nos quiso mostrar que todo descubrimiento, toda conquista, toda invasión de nuevas tierras tiene algo de chusco y de indecoroso. Recuerdo ese pasaje de *Lejos de África*, de Isak Dinesen, en donde se describe el sentimiento que experimentan los nativos de Kenia a principios de siglo ante la irrupción de los vehículos motorizados: el sentimiento, justamente, de una falta de decoro. En lugar de maravillarse o de sentir miedo, los asombra la vulgaridad del nuevo invento del hombre blanco. ¿Qué sentido tiene ir tan de prisa? Algo de esta vergüenza ajena encontramos en *La huella del conejo* frente a la epopeya del descubrimiento. Porque toda acción conquistadora o descubridora responde en efecto a una suerte de prisa colectiva, de desbocamiento, un poco como lo que ocurre cuando alguien, en medio de una conversación o de una discusión, faltándole la paciencia de argumentar, o faltándole argumentos, se levanta y abandona la habitación sin saber adónde ir, pero deseoso de irse, de marcharse, de respirar otros aires. ¿No hay algo de vagamente ridículo en esta conducta? Una de las preguntas que me parece que ronda en la novela de Meza es esta: ¿hasta qué punto un hombre puede marcharse? ¿Hasta qué punto, cuando emprende un viaje o una aventura, en vez de alejarse de sus valores se acerca más a ellos? Esto es: ¿no es precisamente cuando se viaja que uno se vuelve más prototípico

de su cultura y de sus costumbres? ¿Y no será por ello que los viajes son tal vez una medicina contra las dudas y los cuestionamientos de fondo? Los que viajan, tal vez, han reprobado alguna asignatura de ese arduo curso que es la vida en común y para ponerse al corriente, para saber de una buena vez quiénes son y a qué mundo pertenecen, tienen que irse.

Porque los personajes de la novela de Meza parecen todos, de algún modo, reprobados. En las anchas extensiones americanas su conducta reprochable tiene la oportunidad de desplegarse sin escrúpulos. Meza invierte los términos de las utopías del descubrimiento: las nuevas tierras no son el espacio propiciatorio de una novedosa forma de convivencia, de una dicha dorada cuyo recuerdo mítico no ha dejado de azuzar en lo más íntimo a los hombres de todas las épocas, sino el *ring* espectacular donde poder ajustar cuentas del modo más encarnizado. Lejos de la estrechez de la madre patria, ha aquí por fin un espacio adecuado para los grandes arrebatos de odio, de locura y lujuria. Meza nos ha querido contar esta historia proteica y vistosa como una calcomanía. Una historia que no es sino una

larga confusión, un desfile alocado de nombres, lugares y sucesos. Las páginas de su libro están llenas de mayúsculas. En cualquier página que se le abra, abundan los nombres de lugares y personas. Si hay un rasgo estilístico que abriga al libro, es esta fascinación por los nombres. Un sólo ejemplo: Don Antonio di Mezzaro y Botafumeiro, conde de Calabria y marqués de Ridruejo. Es como si la novela nos dijera que los europeos se lanzaron en pos de América no para conquistar nuevas tierras sino para escuchar sus nombres, que nadie oía debido al amontonamiento que imperaba en su patria. Los reprobados, en suma, lo eran porque habían olvidado cómo se llamaban. Era preciso ir a un sitio apartado para pronunciar sus nombres sin estorbo y saber de qué mundo venían y quiénes eran, aunque pronunciar el propio nombre por puro regodeo, gritarlo a pleno pulmón, conduce fatalmente a desvirtuarlo y corromperlo. Los nombres que aparecen en *La huella del conejo*, al igual que los destinos de los hombres a los que pertenecen, son nombres desquiciados, grotescos e incoherentes: Don Antonio de Mezzaro y Botafumeiro, conde de Calabria y marqués de Ridruejo. ¿Es posible llamarse así? ¿Es posible ser el señor don Jerónimo de Aguilar de las Casas Grandes de Rojas de Céspedes y Ceijas, conde de Sierra Pelada y duque de Cabrales? ¿Cómo no querer marcharse con un nombre así, cómo no desear una renovación, un mínimo de inocencia?

Y me pregunto si algo parecido no ocurre con el propio libro, construido como está a través de frases largamente degustadas, es decir de frases pensadas y trabajadas como nombres propios. Me pregunto si ese fraseo suntuoso no anda en busca de una inocencia perdida, es decir de una verdadera frase por donde empezar. Porque *La huella del conejo* parece que no termina de empezar. Parece ensayar en cada uno de sus brevísimos capítulos una nueva disposición para la absurda aventura que quiere relatarlos, y así como los personajes buscan secretamente su verdadero nombre desvirtuándolo mil veces, repronunciándolo hasta volverlo irreconocible —y de este modo, sin quererlo, edifican juntos una epopeya que les otorga una identidad—, Julián Meza, me parece, toma un argumento prestado, el del descubrimiento y la conquista, y a través de un ejercicio de pronunciación y degustación verbales, casi diría de masticación de las palabras, busca, en ésta que es su primera novela, las razones de su escritura. ♦



Palabras leídas en la presentación del libro, el día 18 de julio de 1991 en la Casa de la Cultura Reyes Heróles.

Julián Meza. *La huella del conejo*. Vuelta, 1991